

# *XXXIII Domingo Tiempo ordinario*

*Daniel 12, 1-3; Hebreos 10, 11-14. 18; Marcos 13, 24-32*

*« Cuando veáis que sucede esto, sabed que Él está cerca, a las puertas »*

*18 Noviembre 2012 P. Carlos Padilla Esteban*

---

*« La vida merece la pena ser vivida tal y como es. Y si no la vivimos y la dejamos pasar, desperdiciamos el tiempo que se nos regala para ser felices y hacer felices a los demás »*

**Saber acoger lo que se nos regala no es tan fácil.** Saber pedir cuando necesitamos es una aventura complicada. Como escalar un muro. El muro del orgullo, tal vez, o del vano deseo de no necesitar ayuda. De pensar que somos autosuficientes por algún curioso prodigo de la naturaleza. Porque la debilidad es mejor ocultarla, y las carencias, y los vacíos, y las heridas. Para no pensar que nos hace falta algo o que somos vulnerables, finitos, contingentes. Como si nadie lo supiera. Como si alguien pudiera creer que nos bastamos y sobramos solos para ser felices. Hace falta mucha humildad para pedir y recibir ayuda, socorro, amor. Sí, a veces nos parece que es demasiada humildad abajarnos hasta el límite de necesitar ayuda. Pedir es difícil y recibir es complicado. Siempre recibimos las cosas de acuerdo a nuestra forma de interpretar la realidad, el mundo o los sentimientos. Valoramos lo que nos dan según nuestra medida. Nos parece una medida absoluta. Y viene determinada por nuestra historia personal, con sus amores y desamores. Por eso, a veces, saber acoger el amor en un recipiente roto no nos resulta fácil. Se derrama el amor recibido y nos parece, quién sabe, que no nos han amado lo suficiente, que sigue el vacío, que nadie nos ha dado todo lo que esperábamos, lo que era justo de acuerdo a nuestra medida, a nuestra forma de ver las cosas, a nuestras expectativas. Necesitamos aprender a vivir comprendiendo y aceptando todo lo que vemos. A mirar y aceptar al otro tal y como es, sin exigencias. Sin peticiones vanas. Sin pretender que sea de otra manera. Parece muy difícil, casi imposible. Tenemos que recorrer un largo camino. **El camino de la humildad que nos permitirá llegar a entender que la vida es un don y no un derecho, una gracia que hay que aceptar con humildad.**

**Y es que al final, aunque queramos que las cosas sean distintas, acabamos exigiendo la perfección soñada.** A los demás y a nosotros mismos. Como me decía una persona: «*Es verdad que me exijo y exijo una perfección que no existe. Es verdad que yo puedo ser mi mayor enemiga. Es verdad que por disfrazarme me pierdo muchas veces pedazos importantes de vida auténtica. Es verdad que coloco en los demás la responsabilidad de una frustración que nace en mí, sólo en mí. Y lo peor es que no sé cómo voy a aprender a caminar de nuevo, después de años de hacerlo tan torpemente.*» A veces exigimos ser como no somos y actuar como no nos resulta fácil. Esperamos mucho de nuestra entrega y mucho más de los demás. Esperamos recibir más de lo que damos, o a lo mejor menos, pero lo que creemos que merecemos. Esperamos tanto como entregamos, como si tuviéramos derecho a recibirlo por ser tan generosos. Es todo confuso y nos confundimos. Buscamos justicia y la vida no suele ser justa. Porque la justicia de Dios nunca la comprenderemos. La nuestra es muy humana. A cada uno lo que le corresponde, ni más, ni menos. ¿Por qué a algunos la vida los trata tan mal si son tan buenos? ¿Por qué a otros les va tan bien si sólo hacen el mal? Nos podemos llenar de amargura en un vano intento de autoengaño que no lleva a ningún lado. Así puede suceder que dejemos de decirle al mundo toda nuestra verdad. No vemos nada malo en ello. Porque a veces la verdad desnuda, sin tapujos y expuesta, duele demasiado. Al que la expone y al que la contempla. Porque no hablamos de

mentir, tan sólo de tapar por un tiempo, de disimular y caminar sin mirar a los lados. Así seguimos construyendo sin entender muy bien hacia dónde vamos, porque no lo sabemos. Sin lograr saber lo que Dios espera de nosotros, y no callamos para escuchar.

**La verdad es que somos unos privilegiados cuando logramos mirar la vida con agradecimiento y sonreír en medio de las dificultades.** Unos privilegiados cuando encontramos motivos para seguir esperando, creyendo, confiando, y así nos alegramos por esos pequeños soplos de aire fresco que nos deja la vida. Unos privilegiados cuando nos sentimos felices con pocas cosas, acogiendo los regalos de la vida sin exigencias. Sin demasiadas pretensiones que superen nuestra capacidad. Sin desear una realidad que no existe, y además, no es la nuestra. Anhelamos una vida plena, feliz, lograda. Aunque nos puede sorprender que alguien nos pregunte a bocajarro: «*¿Eres feliz circunstancial o habitualmente?*» Nos quedamos callados o respondemos que sí, que habitualmente; y lo hacemos porque la pregunta nos la plantean en una entrevista de trabajo, y nos parece la respuesta correcta, así me lo contaba una persona. Pero, fuera de una entrevista, ¿Qué contestamos? Puede que el pesimismo sea más corriente a nuestro alrededor de lo que podemos llegar a imaginar. Puede que ese pesimismo nos pese a nosotros mismos, que tocamos el cielo en nuestra vida de oración y soñamos con un mundo diferente. Puede ser que el pesimismo se adueñe de la piel y lleguemos a decir que sólo somos felices en determinadas circunstancias, cuando todo funciona, cuando tenemos paz.

**Hay pensamientos negativos que abundan en muchos corazones.** Como éste: «*Una vez más me había hecho la ilusión de que la vida era una historia con final feliz, mientras que no era sino un globo inflado por mis sueños y destinado a explotarme siempre entre las manos*»<sup>1</sup>. Ante el dolor, el sufrimiento, la pérdida, el abandono, el globo de nuestros sueños que explota entre las manos, surge la desesperanza con fuerza y dejamos de creer en un final feliz de la historia de nuestra vida. ¿Cuándo va a intervenir Dios de una vez por todas para restablecer el orden perdido y regalarnos un final feliz, un final digno para nuestra vida? Nos hace falta una barita mágica para arreglarlo todo. Porque nos entristece pensar que nuestros sueños no puedan llegar a hacerse realidad. La vida entonces, cuando no funciona, nos resulta un deambular por el mundo entre sufrimientos y sinsabores. Pero no es así, no puede ser así. ¿Dónde queda la bendita costumbre de ver el vaso siempre medio lleno? Debería estar grabado en el corazón para no olvidarnos. La vida merece la pena ser vivida tal y como es. Y si no la vivimos y la dejamos pasar, desperdiciamos el tiempo que se nos regala para ser felices y hacer felices a los demás. El otro día leía: «*Me da miedo la idea de desperdiciarla. Si la muerte es un viaje, supongo que la vida es el precio del billete*»<sup>2</sup>. Y añadía el protagonista: «*El que arriesga su vida y la pone en juego, el que vive confiadamente, ése gana la vida*»<sup>3</sup>. Pero para ello es necesario creer en un Dios que se interesa por nosotros y ama nuestra vida: «*Creer en un Dios que comparte sus bienes con nosotros y que nos confía su propia persona, lleva a vivir con confianza, a tener ganas de desarrollar las posibilidades que nos ha donado sin la angustia de que podamos perder algunas cosas. La vida es plena cuando vivimos confiados y no angustiados*»<sup>4</sup>. Esa fe nos lleva a ser positivos y optimistas, a confiar en el poder de un Dios que nos conduce siempre. Nos dice Benedicto XVI en el año de la fe. «*Sigue siendo la fe en Cristo, la fe apostólica, animada por el impulso interior de comunicar a Cristo a todos y a cada uno de los hombres durante la peregrinación de la Iglesia por los caminos de la historia*». Una fe llena de esperanza que nos hace disfrutar cada momento y caminar con una sonrisa entregando la vida. Porque Dios construye sobre nosotros. Contando con nosotros. **La confianza en ese Dios Padre y**

<sup>1</sup> Massimo Gramellini, “Me deseó felices sueños”, 144

<sup>2</sup> Massimo Gramellini, “Me deseó felices sueños”, 151

<sup>3</sup> Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 56

<sup>4</sup> Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 57

**amigo, en ese Dios que nos ama y nos ha llamado a vivir en su amor, nos sostiene.**

Pero tal vez no acabamos de ver que los golpes de la vida, esa realidad que no se corresponde con nuestros deseos y con la que chocamos una y otra vez, es el camino habitual en el que tenemos que crecer hacia Dios, nuestra verdadera esperanza. Aunque no comprendamos y no veamos nada claro, sólo nos queda seguir caminando. Una persona me comentaba: «*Los acontecimientos se suceden y muchas veces hemos de esperar para entenderlos, en ocasiones días, a veces años. Incluso moriremos sin poder acallar tanta incertidumbre. Quisieramos entender, es más fácil cuando todo tiene sentido dentro de nuestro pequeño mundo; y no nos damos cuenta de que sentir tanta invalidez, nos devuelve finalmente nuestra identidad. Dejar que el tiempo nos zadandee a su antojo, nos retorna un espejismo, esta futuridad de aquello que pasa sin que podamos controlarlo; sentir su libertad clavada en el alma. Soy feliz así de caminar aún, con esta apremiante levedad*». Es posible caminar con esa sensación de levedad, de pequeñez. Sin comprender, sin tener un dominio perfecto sobre el futuro y el presente. No podemos controlar la vida aunque nos gustaría conocer el futuro y saber lo que nos espera. Pero sólo podemos vivir con una confianza muy grande. Decía Jean Lafrance: «*No sospechas que puedes buscar a Dios y enternecerle, con lo que te desconsuela. Le cuentas cuentos diciéndole que le amas, que te fías de Él, y esto no le entenece en absoluto. No puedes conmover el rostro de Dios más que con la confesión de tu miseria*». Nos reconocemos débiles ante Él y entonces descansamos. Ya no queremos ser infalibles. No queremos demostrarle nada. Y no caemos en el error que con frecuencia es habitual: «*Si hemos pecado alguna vez, creemos que con buenos propósitos podemos forzarnos a no hacerlo nunca más. De esta forma nos exigimos demasiado. A partir de ese momento queremos rendir al ciento cincuenta por ciento y nos comportamos cruelmente con nosotros mismos*»<sup>5</sup>. En nuestras manos sólo está la capacidad de arar la tierra y echar la semilla, pero el fruto nunca es nuestro. Si lo hacemos con paz, valorando cada paso y alegrándonos de los días que nos regalan, todo cambia. Pero si nos angustian los frutos y el final de nuestros días, perderemos la paz y no viviremos tranquilos al lado de un Dios que parece exigirnos justicia y no se conforma con nada de lo que le presentamos. Tenderemos a exigirnos más de lo que podemos dar y no aceptaremos los errores ni los fracasos. No es el camino de Dios. Tenemos que abrirnos a ese Dios que nos quiere como somos y aceptar la propia debilidad: «*Dios se preocupa por nosotros. Hace que crezca en nosotros el fruto si le dejamos que opere en nosotros, si nos abrimos a Él. Tenemos que dejar de ir por la vida pensando si hemos hecho o no lo suficiente*»<sup>6</sup>. Sólo entonces, cuando nos abrimos, dejamos que la calma entre en el corazón. Como reconocía con humildad una persona: «*Soy feliz rezando y sé que Dios me pide aún mucha más intimidad con Él. Soy consciente de que sólo cuando sé vivir en este mundo «espiritualizado», se me van todas las tonterías de la cabeza; que, por cierto, tengo muchas*». Así dejamos de buscar quimeras y sueños que nos paralizan. Aceptaremos la vida como es y nos trataremos a nosotros mismos con más misericordia. **Dejamos de vivir angustiados para comenzar un nuevo camino de paz en las manos de Dios.**

**La muerte de unas niñas en una fiesta hace unas semanas nos ha conmovido y nos ha confrontado con la contingencia de la vida.** Nos hemos quedado conmocionados y callados. Ver el drama en una fiesta de miles de adolescentes nos deja sin palabras. Decía el padre de Belén Langdon, una de las chicas fallecidas: «*Estamos viviendo estos momentos con mucha tristeza, con mucho dolor, por nuestra pérdida, pero a la vez con la serenidad y la paz que te da cuando uno se abandona a las manos del Señor*». Son palabras de esperanza en medio de un gran dolor. Y la pregunta queda en el aire: ¿Cómo afrontar la muerte y la enfermedad, especialmente cuando se es joven? Cuando se enferma o muere alguien mayor nos parece que es parte de la vida, aunque nos duela, porque nadie escapa a la

<sup>5</sup> Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 58

<sup>6</sup> Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 56

muerte. Sin embargo, cuando una persona joven se enferma o muere nos quedamos sin respuestas. «*De la muerte brota la Vida y de la cruz la Resurrección*». Con esta frase y con su ejemplo de vida respondió a esta pregunta una chica joven, Camille Homolle, quien tan sólo con 25 años murió el pasado mes de julio tras padecer cáncer durante años. En el funeral, el sacerdote entregó la carta que Camille había escrito en marzo: «*He vivido una vida maravillosa. Hago hincapié en este punto porque incluso estos dos años han estado llenos de felicidad. Aunque agotadores me han permitido descubrir dónde está la verdadera alegría: la alegría de la fe. Este amor que continuamente recibí me dio la fuerza para no perderme en el abatimiento y buscar la meta de mi vida, mi viaje. La he encontrado y estoy llena de alegría*». Ante la muerte es necesario renovarnos en nuestra fe y en la esperanza. Pero, siempre impresiona oír en esos momentos que uno ha vivido una vida maravillosa en medio de la enfermedad. ¿Estamos viviendo nosotros una vida maravillosa? ¿Merece la pena nuestra vida? En los días ordinarios de cada día, en medio de la crisis, con nuestras preocupaciones y dificultades, ¿es nuestra vida maravillosa? Ésta es la pregunta más importante, esa pregunta que acabamos eludiendo porque no hay tiempo para pensar. La vida se vive en presente, se añora en el pasado y se desea en el futuro. La vida no se puede volver a escribir cuando ha concluido. No hay segundas oportunidades. Tenemos que vivir hoy, aquí y ahora. **Sin imaginar cómo sería todo si hubiéramos tenido otras circunstancias. Hay cosas que no pueden cambiar. Sólo cabe vivirlas y confiar.**

**El lenguaje apocalíptico que escuchamos este domingo describe signos de dolor y desesperanza en un mundo que sufre.** Primero escuchamos la dura descripción del profeta Daniel: «*En aquel tiempo surgirá Miguel, el gran príncipe que defiende a los hijos de tu pueblo. Será aquél un tiempo de angustia como no habrá habido hasta entonces otro desde que existen las naciones*». Después es Marcos quien lo describe: «*Mas por esos días, después de aquella tribulación, el sol se oscurecerá, la luna no dará su resplandor, las estrellas irán cayendo del cielo, y las fuerzas que están en los cielos serán sacudidas*». Son signos que hablan del final de los tiempos. Signos que nos muestran la pronta llegada de Jesús, su segunda venida, la Parusía. También hoy hay signos de muerte a nuestro alrededor. Signos de violencia, muerte, guerras, hambre, injusticias. A veces parece que el mundo lleva un camino equivocado y que no hay salida. Casi deseamos un final feliz. Entonces surge el miedo en el alma. ¿Cómo cambiar la realidad con la que nos confrontamos? ¿Cómo se puede cambiar este mundo que tanto sufre? Ante la realidad que no nos gusta el salmo pone palabras a nuestro deseo. Buscamos en Dios amparo: «*Protégeme, Dios mío, que me refugio en ti. El Señor es el lote de mi heredad y mi copa, mi suerte está en tu mano. Tengo siempre presente al Señor, con él a mi derecha no vacilaré. Por eso se me alegra el corazón, se gozan mis entrañas, y mi carne descansa serena, porque no me entregarás a la muerte ni dejarás a tu fiel conocer la corrupción. Me enseñarás el sendero de la vida, me saciarás de gozo en tu presencia, de alegría perpetua a tu derecha*» Sal 15, 5. 8. 9-10. 11. **El Dios de la vida no nos da todas las repuestas que esperamos, pero siempre camina a nuestro lado y nos da esperanza.**

**En medio de estos signos de desesperanza, de tristeza y dolor, también hay muchos signos de alegría.** Aunque hacen menos ruido que las desgracias. ¿Dónde me habla ese Dios de la esperanza que nos ha prometido la plenitud? ¿Dónde encontramos al Dios que es amor en nuestra vida? Son preguntas que hoy nos hacemos. ¿Cuáles son los signos de esperanza que nos permiten soñar? Dice Daniel: «*En aquel tiempo se salvará tu pueblo: todo los que se encuentren inscritos en el Libro. Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra se despertarán, unos para la vida eterna, otros para el oprobio, para el horno eterno. Los doctos brillarán como el fulgor del firmamento, y los que enseñaron a la multitud la justicia, como las estrellas, por toda la eternidad*» Daniel 12, 1-3. Marcos describe la venida gloriosa del Señor: «*Y entonces verán al Hijo del hombre que viene entre nubes con gran poder y gloria; entonces enviará a los ángeles y reunirá de los cuatro vientos a sus elegidos, desde el extremo de la tierra hasta el extremo del cielo. De la higuera aprended esta parábola: cuando ya sus ramas están*

*tiernas y brotan hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis que sucede esto, sabed que Él está cerca, a las puertas». Hay signos de esperanza, brotes verdes que nos hablan de su presencia. Cristo está a la puerta y llama y desea la salvación. Espera y confía. Aunque a veces olvidemos su presencia y vivamos la vida llenos de angustia. Dios está detrás de lo que nos sucede. El otro día leía: «Las palabras de Jesús son siempre palabras de vida, palabras que invitan a la verdadera vida, palabras que nos dicen que no seamos duros con nosotros y que no dejemos pasar la vida de largo»<sup>7</sup>. Son las palabras que nos susurra al oído. Quiere que confiemos y no nos confundamos, que no nos desesperemos pensando en el final en el que vendrá a establecer su Reino definitivo.*

**No obstante, nosotros no tenemos por qué saber el día y la hora en que vendrá. No le corresponde al hombre saberlo:** «Yo os aseguro que no pasará esta generación hasta que todo esto suceda. El cielo y la tierra pasarán, pero mis palabras no pasarán. Mas de aquel día y hora, nadie sabe nada, ni los ángeles en el cielo, ni el Hijo, sino sólo el Padre» Marcos 13, 24-32. El fin del mundo parece siempre inminente. Siempre podemos encontrar en la historia de la humanidad momentos que parecían señalar el final del mundo. Muchos han creído que lo verían en vida y que con su generación llegaría la Parusía. Porque, claramente, todo tiene un fin. El mundo y el hombre son contingentes. Y cuando este mundo pase, comenzará un nuevo mundo, una vida plena, un Reino glorioso. En algún momento llegará. Pero el pensar que Jesús está a las puertas es ya hoy un motivo de alegría y de esperanza y no una razón para vivir preocupados por el mañana. Cristo viene a salvarnos y a dar plenitud a nuestra vida. Hoy escuchamos: «Él, por el contrario, habiendo ofrecido por los pecados un solo sacrificio, se sentó a la diestra de Dios para siempre, esperando desde entonces hasta que sus enemigos sean puestos por escabel de sus pies. En efecto, mediante una sola oblación ha llevado a la perfección para siempre a los santificados» Hebreos 10, 11-14. 18. Muchas personas se angustian pensando en ese último día. Queremos saber el día y la hora, queremos tener claro el futuro para vivir seguros. Nos angustia desconocer los tiempos de Dios y no saber a qué atenernos. Pero nosotros confiamos en la misericordia de Dios y en la victoria de Cristo en nuestras vidas. Sabemos que Él ya ha vencido. Ha entregado su vida por nosotros, para que tengamos vida en plenitud. **Al pensar entonces en la Parusía, al escuchar a Cristo junto a nuestra puerta, nos damos cuenta de algo muy importante, queremos vivir hoy entregándolo todo, sin miedos y sin reservas.**

**Hoy miramos a María, la Mujer vestida de sol, la Mujer siempre victoriosa.** En un congreso de sacerdotes en Alemania contaba el P. Kentenich que sacaron un lema: «Llevemos a María al campo de batalla». Ella vence al demonio, vence el mal y restablece la armonía perdida. Ella da a luz a Cristo en nuestro tiempo. Con Ella podemos enfrentarnos al dolor. Es la mujer apocalíptica porque con su vida inicia un tiempo nuevo. Un tiempo de esperanza en el que los pasos que damos son importantes. Porque hablan de fidelidad a Dios en el seguimiento, en medio de las dificultades. Nuestro sí quiere ser como el de María. Un sí firme y sólido. Un sí valiente y radical. María es la mujer de este nuevo milenio y es capaz de darle un nuevo rostro a su Iglesia. Necesitamos recurrir siempre a María. Ella engendra el rostro de Cristo en el hombre que se hace hijo suyo, hijo dócil. Dice el P. Kentenich: «María busca instrumentos que se arriesguen a esta gran empresa, que no pierdan de vista los grandes ideales»<sup>8</sup>. María nos necesita para cambiar el rostro del mundo. Para sonreír en medio de tanta desilusión y tristeza. La vida tiene que superar nuestras expectativas, es nuestro gran desafío. Y eso es sólo posible cuando miramos con sus ojos, con los ojos de María. Eso es algo grande, es un milagro. María nos enseña a mirar de esta forma. **Ella cambia nuestro corazón y nos enseña a confiar en Dios, mirando el futuro con la confianza de los niños.**

<sup>7</sup> Anselm Grün, “Portarse bien con uno mismo”, 58

<sup>8</sup> José Kentenich, “Obra de familias”, 34